

suscitadas por los jesuitas, y resuelto sobre ellas, su beatitud declaró en breve de 14 de Abril de 1648 que comienza. . . . *Sicut accepimus:* Que los padres de la Compañía, por ningun caso podian confesar á personas seglares de la ciudad y diócesis de Puebla de los Angeles sin aprobacion del obispo diocesano, ni predicar la palabra de Dios en la iglesia de su órden, sin pedirle su bendicion ni en las demas iglesias sin su licencia, aunque sean de su órden, contra su voluntad; y que los que contraviniesen, pudieran ser apremiados y castigados por el obispo vice-delegado de la santa sede, aun con censuras eclesiásticas, en virtud de la resolucion de Gregorio XV que comienza *Inexcrutabili Dei Providentia*, y que segun esto, el obispo ó su vicario general pudieran mandar á los dichos religiosos que no mostraron haber alcanzado la dicha aprobacion y licencia, que dejasen de confesar y predicar la palabra de Dios so pena de excomunion *lata sententia*; ni por esta causa pudieron los dichos religiosos, como por manifiestos agravios y violencias, nombrar *conservadores*, ni ellos, despues de nombrados como está dicho, pudieron fulminar excomunion indebida y nulamente contra el obispo y su vicario general."

Tal es el texto de la sentencia que reparó un tanto los agravios inferidos á la dignidad episcopal y por los que protestó el Sr. Palafox que se había sostenido vigorosamente en esta ruidosa y escandalosa lid. Mandóse ejecutar el breve por el consejo de Indias: pero en el año de 1652 todavía no tenia su cumplimiento; de modo que fué necesario sobrecartar la cédula por la oposicion de los padres jesuitas. Tambien declaró el rey en cédula de 1684 dirigida á los dominicos *fray Agustin Godines y fray Juan de Paredes*, que los jesuitas *se excedieron en nombrar los jueces conservadores*, así como estos en aceptar semejante nombramiento."

El gobierno del Sr. Torres de Rueda, que fué de unos cuantos meses, no cuenta otro hecho notable, fuera de la conclusion

de este ruidoso pleito; y habiendo muerto este prelado, siguió la audiencia gobernando en su nombre, mientras llegaba el nuevo virey.

#### CAPITULO XIV.

##### *Gobierno del conde de Albadeliste, el duque de Alburquerque, el conde de Baños y el Marques de Mancera.*

El 3 de Julio de 1650 llegó á México D. Luis Enriquez de Guzman conde de Albadeliste: como era hombre de buenas maneras, se hacia obedecer fácilmente guardándole siempre el respeto debido á su categoría y el aprecio que le merecian sus buenas cualidades personales. De esta manera en todo el tiempo de su gobierno, siguió con regularidad el curso de los negocios públicos; pero no fué tan feliz que en su tiempo no se derramara con abundancia la sangre, pues en el mismo año que tomó posesion del virreinato, dió principio la sublevacion de los tarahumares, que unidos con los conchos y tobozos, pusieron por mucho tiempo en gran conflicto al gobierno de la N. Vizcaya.

Desde el año de 48 cuatro indios, gefes de algunos pueblos de esta provincia, empezaron á esparcir en los pueblos algunas especies sediciosas, que al fin vinieron á hacer explosion, siendo el primer punto que atacaron un pueblo llamado San Francisco de Borja, donde murieron cinco españoles y algunos indios aliados. Apenas supo este levantamiento D. Luis Valdés, gobernador de Ourango, mandó órden al capitán D. Juan Barraza gefe del presidio de Cerro-gordo, para que inmediatamente marchara á castigar á los sublevados: este capitán marchó á largas jornadas hasta el valle del Aguila donde se había reunido el mayor número de enemigos; pero sien-

do este muy excesivo y teniendo posiciones muy ventajosas, determinó Barraza no emprender cosa alguna, hasta no dar aviso á Durango pidiendo refuerzo de soldados y algunos viveres. Cuando llegó esta noticia habia cambiado el personal del gobierno y se hallaba en él D. Diego Fajardo, quien reunió los soldados que pudo y él mismo salió hasta reunirse con Barraza. Se abrió la campaña por distintas partes, talando las sementeras de los naturales, quemando sus pequeñas poblaciones y matando algunos enemigos: con esto se atemorizaron los demas, y pronto volvieron haciendo solicitudes por la paz, que les fué dada con la condicion de entregar á los cuatro gefes de la sublevacion. Los que se encargaron de esta funesta comision de entregar á la muerte á sus mismos señores, pronto presentaron al gobernador las cabezas de dos de ellos, llamado uno Tepox y otro Bartolomé, quedando errantes por los bosques los otros dos Sopigiosi y Ochavari, que al fin tuvieron que ceder á la mayor fuerza de sus perseguidores. Aunque no quedó del todo extinguido el fuego de la sublevacion, por lo que despues se vió; pero amortiguado por lo menos, el gobernador determinó volverse, dejando antes fundada la villa de Aguilar en un sitio hermoso por la abundancia de agua y la feracidad de sus campos, y establecida una mision al cargo del padre jesuita Cornelio Bendin, en el valle de Papigochi, uno de los lugares mas poblados de tarahumares.

Este varon apostólico, dotado por naturaleza de un carácter blando y animado del mismo fuego de la caridad que todos sus hermanos, no cesaba de trabajar en aquel campo que se le habia señalado: y en poco tiempo regeneró con las aguas del bautismo á la mayor parte de los adultos que estaban bajo su cuidado, sacándolos de los breñales en que habitaban como fieras, para aplicarlos á su lado al trabajo que es el fundamento de una pacífica sociedad. Este llenaba de consuelo al siervo de Dios, porque tan abundante fruto le era concedido á su traba-

jo; pero un placer tan grande para su generoso corazón, fué bien presto disipado por las amarguras, que cada dia fueron en aumento hasta sellar con el sacrificio de su vida, una carrera empleada en beneficio de la humanidad.

Los españoles que habian quedado poblando la villa de Aguilar, no atendian tanto al bien espiritual de la civilizacion de los indígenas, como al aumento de sus intereses materiales y por esto cometian toda clase de tropelias y vejaciones con los naturales de la mision de Papigochi, que empezaron á desagradarse con aquella injusta conducta, creyendo que el ministro misionero no servia sino de instrumento para atraerlos á ser víctimas de la avaricia. El Padre Alegre de quien tomamos esta relacion dice: "En vano se quejó el misionero á la justicia y aun al gobernador del Parral. Nada valió sino para atraerle nuevos enemigos entre los mismos españoles, de quienes no faltó un malvado que intentase poner sus manos sacrílegas en el Cristo del Señor. Los indios, que hallándose afligidos y cuasi reducidos á esclavitud se creian engañados, procuraron deshacerse de unos vecinos tan incómodos. No estaban aun bien apagadas las cenizas del pasado alzamiento: la nueva villa la miraban como freno que habia querido imponerseles, y á los moradores como otros tantos tiranos de su libertad." Esto pasaba á fines del año de 49; y todo pareció serenarse, habiendo reducido á prision D. Diego de Lara gefe de la villa, á los que parecian atizar el fuego de la sublevacion.

Los ánimos estaban inquietos y cada uno presentia el estallido de la tempestad. Los españoles sin minorar sus extorsiones, redoblaban la vigilancia y se mantenian siempre en guardia, esperando la hora del ataque: y los indígenas devorando en silencio los motivos de su dolor, procuraban preparar un golpe seguro para librarse de sus agresores, y como ya antes habia sucedido en Sinaloa, los pueblos de la sierra de Topia y la provincia de los tepéhuanes la víctima contra quien se

ascataba el primer tiro, era el misionero, que no tenia mas delito que encender en aquellos rústicos albergues, la antorcha de la civilizacion. Cada dia que pasaba, se represaba un odio mas en los oprimidos corazones de los indígenas: era un campo sembrado de pólvora que solo esperaba una chispa producida por la mas pequeña fricción, para levantar un violento y devorador incendio.

El dia 15 de Mayo de 1650 pasó el padre Cornelio á poner la extremauncion á una india jóven, que aunque grave no se creia tan cerca á las puertas de la eternidad; pero despues de recibido el sacramento, no duró ni dos horas en espirar. La madre arrebatada de dolor, salió delirante dando voces por el pueblo, diciendo que el padre con aquellos aceites habia quitado la vida á su hija: y los ánimos ya de ante mano conmovidos, no necesitaron mas que aquella calumnia para correr á las armas. En ese dia debió haber tenido principio la sublevacion, á no ser por las exhortaciones del religioso, que despues de mucha fatiga logró sosegar los ánimos de aquella multitud; pero no hizo sino aplazarse para algunos dias despues, porque un indio llamado *Teporaca* dotado de grande ingenio y que gozaba de bastante reputacion por sus discursos persuasivos y sus conocimientos militares, auxiliado de los gefes de los pueblos de Iguachinipa y Yagunaque, no cesó de dar pábulo al mal apagado incendio. Muchos pueblos fueron convocados para tomar las armas, y cuando todo estaba dispuesto, se juntaron la madrugada del 4 de Julio en la mision de Papigochi, y en medio de los gritos de aquella multitud de enemigos, pusieron fuego á la casa del indefenso padre Cornelio, que solo tenia en su compañía un soldado llamado Fabian Vasquez. Este como buen veterano, atendia mas que á su alma á las leyes del honor y de la disciplina militar; y aunque no desconocia la gravedad del peligro, pensó vender en él cara su vida: tomó luego sus armas: pero el apostólico varon que lo acompa-

ñaba y segun se supo despues por unos muchachos que lo acompañaban, le dijo: "No estamos en estado de ofender con esas armas, ni siquiera de defendernos: es llegada la hora de Dios; y debemos prepararnos para ella, pues la casa está cercada de bárbaros y el fuego nos obligará pronto á entregarnos en sus manos." Luego se sentó y confesó al soldado, abriendo luego la puerta para dirigirse á la iglesia. En aquel momento, un fuerte alarido se repitió por toda la línea que circundaba la casa: en un instante el cuerpo del religioso quedó erizado de flechas y bañado en sangre, entró hasta el altar mayor donde se postró para hacer sus últimas oraciones, que no dejarían de hacerse en favor de sus mismos sacrificadores y de los españoles que con sus injustas extorsiones, lanzaron á los indígenas en los momentos de dar los primeros pasos para salir de la barbarie, á mancharse con la sangre de un justo. Aquella frenética muchedumbre entró á la iglesia, pusieron al padre un cordon al cuello, con que lo sacaron arrastrando hasta la cruz del cementerio, donde acabó de espirar al golpe de las macanas. Con la misma crueldad se quitó la vida á Fabian Vasquez y la iglesia fué profanada con horribles sacrilegios, arrojando al suelo las sagradas formas, los santos oleos, despedazando las imágenes de los Santos y repartiendo entre sí las vestiduras sacerdotales y los sagrados paramentos. Al amanecer, todos desaparecieron para refugiarse en las cumbres de los cerros y cuando D. Diego de Lara llegó con la gente de la villa de Aguilar, todo el pueblo estaba solo, la casa del ministro reducida á cenizas y los cadáveres del Padre Cornelio y del soldado Vasquez, desnudos al pié de la cruz. ¡Horrible cuadro: pintado á fuego y sangre en el toseco lienzo de la barbarie indígena, con el pincel de la cruel é inhumana política de atropellar los derechos del hombre y mancillar su dignidad! Si la conducta de los pobladores castellanos, hubiera correspondido á los principios de la religion que profesaban, no se ha-

brian desdeñado de tratar fraternalmente al desnudo y rústico americano y reconocer los derechos que en su nacimiento le daba el Autor de la naturaleza; pero por un principio de justicia yo no puedo reconocer, aun suponiendo un atraso de tres siglos en los avances de la inteligencia, los españoles se creyeron dueños absolutos de un suelo que jamás les pudo pertenecer, y viendo á sus habitantes como un obstáculo para poseer tranquilamente sus derechos usurpados, los entregaban á la muerte sin compasión algunas veces, reputándose por almas muy generosas, los que por no manchar sus manos en una sangre inocente, los abandonaban á la vida más abyecta como seres envilecidos.

Estos terribles acontecimientos del valle de Papigochi rápidamente se comunicaron á las demás poblaciones de españoles y luego se dió orden al capitán Barraza para que fuera á contener los progresos de la sublevación, combinando sus operaciones con las del capitán Juan Fernández Morales, que del Parral debía moverse con el mismo fin. Este arrogante jefe al emprender esta campaña escribió una carta llena de satisfacción, manifestándose muy contento de ser el primero que salía á dar los á rebeldes el merecido castigo; pero bien pronto tuvo la vergüenza de su confusión, porque su imprudencia se estrelló ante una pericia militar hasta entonces desconocida en los indígenas. Estos habían ocupado un sitio fuerte por naturaleza, que era un alto cerro, circumbalado por dos arroyos, cuyos altos paredones impedían la subida. Y lo que á la naturaleza faltó hacer inaccesible, lo hizo la industria de los naturales dirigidos por el ingenioso é infatigable Teporaca. Los pasos que podían facilitar la subida, los impidieron formando trincheras á proporcionados trechos. Barraza se oponía al ataque en aquel fuerte atrincheramiento; pero Fernández Morales lleno de vanidad quiso tener la gloria, de darlo, mientras su compañero quedaba cuidando los bagajes: inútilmente se

fatigó todo el día, al entrar la noche tuvo que ocultar su vergüenza en el campamento de sus compañeros.

Ya no pensaron atacar más, sino esperar que consumidos los víveres de los del cerro, proporcionarán la ocasión de batirlos fuera de sus trincheras: cada ejército guardó sus posiciones por seis días, teniendo solo algunas escaramuzas con algunos destacamentos, que para provocarlas mandaban los de la altura; pero al sétimo, quedando en la cumbre del cerro solo los muy precisos para guardarlo, bajó el resto á provocar una batalla que fué admitida por los españoles. Apenas hubo comenzado, cuando los indios emprendieron la fuga con dirección á un bosque inmediato: y cuando los españoles embriagados con el placer del triunfo los siguieron hasta aquel punto, recibieron un rudo desengaño, siendo allí batidos por todas partes; y con mucha dificultad pudieron salir, protegidos por los que habían quedado guardando el campamento. Con este quebranto y la falta de víveres el ejército español cada día se sentía más débil, mientras que el enemigo se envalentonaba con sus triunfos y con los refuerzos que recibía. En vista de esto resolvieron los jefes españoles levantar el campo, lo cual hicieron de noche, dejando á la vista de los contrarios, las hogueras acostumbradas y algunos indios auxiliares, que con sus cantos llamarán la atención del enemigo hasta la madrugada.

D. Diego Fajardo gobernador de Durango, sintió esta ocurrencia; y conociendo el peligro á que todas las poblaciones de españoles quedaban expuestas, si se dejaba á los indígenas cantando el triunfo, reunió las tropas que pudo y á grandes marchas llegó pronto al fuerte enemigo. El primer día fué rechazado sin poder tomar á los contrarios ni una sola trinchera; pero al siguiente fué más feliz y logró hacer bastante destrozo á los indios, muriendo los principales jefes que habían organizado la defensa. Esta circunstancia, hizo desmayar á los defensores del cerro: y protegidos por la oscuridad